

LAS ENSEÑANZAS DEL CASO CONGOLEÑO

Historia de un gran complot

Mientras el 27 de Enero de 1960 los líderes de la entonces Colonia belga del Congo llegaban a un acuerdo con el Gobierno de la Metrópoli que concedía la independencia política al país, en las oficinas centrales de la "Unión Minière du Haut Katanga", en Bruselas, otros funcionarios y otros intereses, fraguaban el que habría de convertirse en uno de los más descarados escándalos internacionales de este siglo.

El sino trágico que ha caracterizado la vida independiente de la rica ex Colonia, tuvo sus indudables comienzos el mismo día de la firma del tratado que le otorgó la independencia y aún parece prolongarse cada vez con mayor ensañamiento. Hoy, la realidad del Congo muestra un dominio poderoso —y con débil contrapeso— de los sectores monopolistas internacionales que controlan la explotación, tratamiento y distribución mundial de diamantes, oro y caucho. La cabeza visible del desafío: Moise Tshombe; la invisible —que planea fríamente, dirige y ejecuta— la "Unión Minière du Haut Katanga" y la "Unilever", centrales poderosas de la producción de diamantes y caucho, y a cuyos intereses afectaría en definitiva un triunfo de los sectores nacionalistas congoleños.

La muerte de Patrice Lumumba, el eclipse político de Gizenga, el ascenso vertiginoso de Moise Tshombe desde la diminuta provincia —pero singularmente rica— de Katanga a la Jefatura del Gabinete del Gobierno Central, son hechos que guardan una conexión directa entre sí —fundamental además— y sin cuya comprensión es imposible conformar una imagen real de la permanente crisis del Congo. Más allá de lo puramente anecdótico, es necesario buscar el significado de esos y otros sucesos: el observador objetivo —con mayor razón el progresista— comprobará con horror lo que se esconde detrás de la maraña interesada de informaciones sensacionalistas que atiborran las mentes en ascendente alienación de los pueblos de Occidente. Y apreciará —además— cómo hechos presentados pintorescamente y que juzgaban con simpleza no aparentaban mayores consecuencias, entrafían en conjunto un verdadero drama para todos los pueblos que luchan hoy contra el colonialismo. Este drama —que encierra una gran lección aprovechable en el futuro inmediato por los trabajadores de todo el mundo— es el que describiremos en las líneas que siguen, y constituye

una historia aún pequeña por la proximidad del tiempo, pero demasiado grande por su significado.

VISION DEL CONGO El llamado "Congo Belga" durante la época del dominio colonial, comprende un territorio de 2.345.525 Km² y una población de 14 millones 450 mil personas. Está ubicado en la región central oriente del Continente africano, y fue colonia belga desde 1887, cuando el Rey Leopoldo organizó la "Sociedad Internacional para la Exploración y Civilización de Africa".

En un principio, el Congo constituyó "patrimonio" de la Corona, la que decidió "cederlo" al país en 1908, en calidad de Colonia. Este status perduró hasta 1960, cuando después de luchas y discusiones los belgas decidieron otorgarle la Independencia. El mismo día que esto sucedía, un comerciante avecindado en la Provincia de Katanga —se llamaba Moise Tshombe— desconocía el Tratado y se insubordinaba al mando de elementos mercenarios contra el recién establecido Gobierno Central independiente.

UN POCO DE HISTORIA Desde que los belgas comenzaron su labor "civilizadora" en el Congo, la población del país se dividió en 2 sectores claramente antagónicos: por una parte, aquellos que condescendían con los dominadores, facilitándoles sus acciones de variada índole, aplaudiendo cada una de sus actitudes, o simplemente manifestándoles callada aquiescencia; por otro, los que no veían con buenos ojos la penetración belga, artificialmente europeizante en un Continente de cultura y tradiciones opuestas, y saturada de acciones arbitrarias, prepotentes y hasta incivilizadas.

La actitud general belga en el Congo —según opinan los observadores de la política africana— se diferenció manifestamente de la modalidad colonial de los ingleses y los franceses. Sin querer significar que existe un "colonialismo bueno" y otro malo, los observadores progresistas destacan un hecho al respecto: mientras los belgas dieron un trato diferencial, discriminatorio y violento a los habitantes de sus colonias, los ingleses y franceses —en cambio— tuvieron algunas consideraciones con vistas al futuro, llevando a nativos inteligentes o de familias "patricias" a la Metrópoli, para ser educados en sus mejores universidades.

El trato belga al Congo fue siempre injusto y expoliatorio, situación que fue creando en vastos sectores un sentimiento nacionalista de gran arraigo, rebelde, antieuropeo. Ni siquiera estos sectores podrían ser calificados —en sus orígenes— de progresistas, si bien con el transcurso del tiempo fueron adquiriendo una consistencia ideológica más caracterizada.

Coalligados activamente al Gobierno belga, como en la totalidad de las potencias colonialistas, actuaban —y aún hoy lo hacen— po-

derosos grupos económicos con fuerte respaldo internacional. Sus minas de diamantes (producción anual: 13.452.000 quilates, incluyendo a los diamantes industriales), oro, plata, radio, uranio, cobre, cobalto, carbón, manganeso, cadmio, zinc, estaño y muchas materias primas más, y las extensiones de maderas, algodón, café, té, caña de azúcar, especias, caucho, cacao y plátanos, unieron los intereses políticos a los económicos en una asociación próspera y duradera.

Desde 1900 adelante, el vasto, rico y racialmente complejo territorio del Congo no ha sido más que una veta surtidora de inmensas fortunas para un grupo pequeño de trusts monopolísticos. La "Sociedad Internacional para la Exploración y Civilización de Africa" constituida por el entonces Rey Leopoldo, es la máscara cristiana y cinematográfica de la experiencia.

Con unos cuantos "misioneros", la alianza Gobierno-Negocios ha hecho gran riqueza, explorado mucho, pero civilizado muy poco.

EL PROBLEMA RACIAL Y LA "CRISTIANIZACION" Los propósitos "evangélicos" del Rey Leopoldo al crear en 1887 su cruzada "civilizadora" de Africa no contemplaron una doble realidad de entonces: el complejo racial en el territorio africano donde, no por ser todos negros, sus habitantes debían poseer cánones culturales y de tradición similares; y, además, los deseos poco altruistas de los ricos negociantes belgas y europeos, a quienes no interesaba civilizar nativos, sino aumentar ávidamente sus haberes con un trabajo hábil y expoliatorio de los habitantes africanos. Lo importante no era, en este caso, civilizar. Al contrario, lo importante era mantener a esos pueblos en su estado original, divididos en luchas tribales, y sumergidos en un salvajismo atrofiante y postrador. Así, las posibilidades de un despertar social eran remotas. A lo más, podrían producirse con el tiempo algunas inorgánicas rebeldías de tribus, las que sería fácil neutralizar azuzando a sus rivales en su contra.

El Rey Leopoldo —¿en complicidad?— ignoró estos hechos, y desempeñó a la perfección su papel apostólico encubridor, rodeando todos y cada uno de los actos colonialistas de un ambiente paternal.

La Corona fue el padrino oficioso de la penetración y explotación belga en el Congo, la que adquirió características tan contradictorias, que muchas veces otros sectores afines estuvieron tentados de intervenir para lograr parte de las succulentas utilidades.

La égida belga en el Congo —durante más de 50 años— tuvo características y circunstancias que pueden sintetizarse para una mejor comprensión, en algunos puntos fundamentales;

— **Marcado cariz religioso.** Desde los inicios de las exploraciones, y prácticamente desde los descubrimientos de Livingstone, Speke,

Burton y otros precursores, la intervención colonial en África —y especialmente en el Congo— adquirió un carácter evangelizador. Los gobiernos europeos —el belga entre ellos— estimularon el envío permanente e intensivo de misiones de sacerdotes, con la tarea específica de “convertir” a los nativos a la fe. Las tribus africanas, divididas por luchas ancestrales y rivalidades de tipo monárquico-fetichista, recibieron al comienzo con desconfianza a estos enviados terrenos con misiones divinas que, acompañados de fuerzas militares, pretendían inculcarles la nueva verdad. La enseñanza religiosa costó muchas vidas —no sólo de misioneros agredidos por pueblos atrasados y belicosos— sino también de nativos asesinados a miles por las tropas invasoras, las que no descartaban pretexto para entrar a balazos a cada nuevo campamento descubierto.

Como resultado hasta el momento —en el Congo— se registran más de 5 millones de católicos, 1 millón de protestantes (“evangelizados” por misioneros norteamericanos, principalmente), y el resto de fetichistas y animistas;

— **Explotación económica intensa.** Junto a la acción de los misioneros, se estructuraron importantes grupos económicos para explotar las riquezas naturales que abundan en el Congo. Todas las materias minerales —diamantes entre las mismas— pasaron a ser propiedad de la “Unión Minière du Haut Katanga”, un poderoso consorcio belga-inglés con intereses norteamericanos; mientras las plantaciones agrícolas —principalmente caucho— quedaron a cargo de la Compañía “Unilever” —enteramente norteamericana— consolidando un imperio financiero de incalculable influencia política;

— **Trato humano discriminatorio.** El tratamiento humano que los colonialistas belgas dieron a sus dominios, según lo esbozábamos anteriormente, fue siempre discriminatorio y hostil. Nunca se interesaron mayormente por educar grupos dirigentes para un eventual gobierno independiente en el futuro, ni en mejorar el nivel de vida —bajísimo— de los nativos, mediante trabajos bien remunerados, construcción de habitaciones sanitarias, hospitales, escuelas o centros sociales. Por el contrario, se utilizó despiadadamente la mano de obra nativa con un pago vergonzante y de típico corte esclavista.

Sobre el aspecto anterior, basta recordar que al término del dominio belga en el Congo existían no más de 4 o 5 profesionales nativos (todos profesores primarios), sintetizando este hecho la política colonialista en sus exactas dimensiones.

EL PASO DEL TIEMPO Un destacado filósofo contemporáneo dijo una vez refiriéndose a las matanzas de blancos en el Congo: “Los occidentales han dominado la vida nativa durante más de medio siglo; llegaron allí con múltiples

armas: unos, con la finalidad de cristianizar a las tribus y otros para explotarlas, apoyados ambos no por la fuerza de las convicciones, sino de la violencia. Con saña —y muchas veces con crueldad— dieron un trato injusto, esclavista y prepotente a pueblos atrasados y miserables, que necesitaban en cambio consideración, comprensión y enseñanzas. Si la brutalidad se enseñoreó hace sólo 25 años en pueblos ultracivilizados, con arraigadas tradiciones culturales, ¿cómo pedirles a los nativos del Congo un trato humano y considerado a sus explotadores inmisericordes por tantos años?”

Las palabras del pensador no justifican la muerte de los blancos —indudablemente muchos de ellos inocentes víctimas de la maraña de intereses en juego— pero son una explicación racional que debe aceptarse, en vez de recurrir a la vocinglería demagógica e hipócrita de algunos sectores del mundo “civilizado”, en estos momentos de convulsiones violentas en el Congo.

Después de mucho tiempo en que se explotó y maltrató a millones de seres humanos, se les otorga la Independencia en la fachada, pero por detrás se preparan los conocidos de siempre para asestar sus golpes bajos a las naciones jóvenes y subdesarrolladas.

La realidad que relatamos al describir las características del coloniaje belga en el Congo configuró, a su vez, una realidad social, racial, económica y política en ese territorio, que a la proclamación de la Independencia podía resumirse en la siguiente forma:

— **Multiplicidad de tribus, con intereses contrapuestos.** Desde los comienzos de la invasión blanca, las tribus africanas —y congoleñas especialmente— estaban activamente divididas por luchas intestinas. Los motivos: cultos fetichistas distintos, rivalidades ancestrales por razones de predominancia política, diferencias raciales (razas “superiores” e “inferiores”), antagonismos económicos por el dominio de otras tribus, y muchos más.

— **Clase gobernante nativa complaciente.** Los belgas, si bien no estimularon la educación masiva, eligieron a caracterizados jefes tribales y los hicieron sus socios en algunos negocios. Moise Tshombe, por ejemplo, se convirtió en un rico comerciante en su provincia de Katanga, ubicada en una elevada planicie del suroeste del país; Joseph Mobutu, Cyrille Adoula, Joseph Kasabubu, Isaac Kalonji, entre otros, formaron la “clase elegida”, todos ellos pertenecientes a distintas tribus, en categorías jerárquicas importantes.

Junto a este sector complaciente, negado para cualquier determinación auténticamente independiente, surgió otro más rebelde, integrado por gente joven, y cuyo líder indiscutible era Patrice Lumumba, un modesto empleado de Correos de carácter intrépido y aguerrido.

— **Predominio total de las compañías mineras y agrícolas.** La “Unión Minière du Haut Katanga” y la “Unilever”, organizadas pa-

ra explotar con sistema las riquezas naturales congoleñas, ejercían un control monolítico sobre el país. En todas sus esferas —políticas, comerciales, sociales— la joven nación era un vasto campo feudal de propiedad de ricos accionistas europeos, muchos de los cuales, seguramente, no sabían dónde quedaba el Congo.

Con la existencia de condiciones como las descritas, era dable esperar —sin asombros— lo que ocurrió el mismo día de la Independencia: la Provincia de Katanga, donde existían los más ricos yacimientos de oro, uranio, plata, diamantes y otros elementos, se rebeló contra el gobierno recién constituido en Leopoldville, desconociéndolo. Al mando de los insubordinados aparecía Moise Tshombe, el socio de los negocios belgas, perteneciente a una tribu minoritaria en su tierra natal, Katanga, pero de gran habilidad política.

Mediante elecciones fraudulentas, Tshombe había asumido la Jefatura en su provincia, en 1960, al interpretar falsamente la "Loi Fondamentale".

No ocultó su programa de lucha contra el gobierno Central que dirigía Joseph Kasabubu: eliminación de la influencia "comunista" en el gobierno (no había Partido Comunista), condonación del pago de 42 millones de dólares anuales en impuestos de la Unión Minière al Fisco, garantías a los inversionistas extranjeros, respeto de la propiedad privada sin limitaciones.

Como puede apreciarse, los principios básicos de la rebelión de Tshombe eran bien claros, y debían contar —como sucedió— con el apoyo entusiasta e incondicional de los pueblos "civilizados" de Occidente.

LA BATALLA SIN FIN La insubordinación del rico comerciante katangués contra el nuevo gobierno independiente fue el comienzo —que todavía no tiene su fin— de una serie ininterminable de pugnas, batallas sangrientas, asesinatos e intrigas.

En medio de las refriegas fue apresado el líder unitario y nacionalista Patrice Lumumba, el que fue encontrado poco tiempo después atrocemente mutilado. El mundo "civilizado" no reaccionó sin embargo con tanta violencia, ni hizo intervenir a paracaidistas y mercenarios que protegieran su vida.

Respaldo por la solidaridad de los pueblos jóvenes de Africa y su propio país, Patrice Lumumba se constituyó —no bien empezó la batalla de Tshombe por la separación de Katanga— en el símbolo de la unidad continental y la liberación del coloniaje.

Las Naciones Unidas intervino entonces, en una acción de dudosa ejecución y legalidad, para "proteger" a los ciudadanos de ese país. En realidad, a los únicos que protegió fue a los intereses de las grandes compañías mineras y agrícolas, no manifestando

el menor interés en la protección de las vidas nativas, que día a día son perseguidas y asesinadas por elementos mercenarios blancos contratados por Tshombe, y que forman el grueso del "Ejército Nacional".

La separación de Katanga del gobierno central obedeció —indubitablemente— a la decisión de la Unión Minière de impedir por cualquier medio una medida que afectara sus intereses. Tshombe fue el instrumento de esta acción de típico corte imperialista.

Los observadores opinan que mientras Tshombe sea "leal" a la Compañía, no perderá su poder. En la medida que esta lealtad disminuya o se ponga en duda, su influencia estará en peligro. Incluso en cierta ocasión, y ante el avance de las fuerzas de la NU a su provincia, para integrarla al poder central, Tshombe amenazó con volar y sabotear las minas y represas de Kolwezi. La Compañía Minière reaccionó rápido, haciendo desdecirse de sus palabras al dirigente katangués, y todo quedó en nada.

¿QUE PASARA AHORA? En la actualidad inmediata el panorama congoleño es incierto, pero sí hay una tesis que puede afirmarse: La situación de los sectores populares y progresistas es hoy mucho más inestable que hace 2 años.

El país es dominado íntegramente casi por Moise Tshombe, que organizó una despiadada milicia de mercenarios blancos muy bien pagados en dólares. La acción de las Naciones Unidas, que aparentemente estaba destinada a integrar por la fuerza a Katanga al poder central, logró la satisfacción de este motivo de mascarada, pero con el ascenso de Tshombe a la Jefatura del Gabinete Central. El Presidente Joseph Kasabubu, figura venerable entre las tribus, es un anciano cansado y conciliador que nada tiene que hacer —y no son sus deseos— en la escena política presente y futura.

Las fuerzas progresistas están sin una cabeza dirigente, Lumumba fue asesinado —se culpa a Tshombe—, y Antoine Gizenga, considerado el sucesor del líder popular, se encuentra aplastado políticamente por una persecución que hace difícil su influencia activa en una empresa liberadora.

Las compañías explotadoras de las riquezas naturales —Unión Minière y Unilever, primordialmente— tienen ahora a su principal intérprete como Primer Ministro, no pagan los impuestos y han hecho socios de sus depredaciones a los pocos dirigentes "aquiéscientes" que aún no lo eran.

Las Naciones Unidas se retiraron hace tiempo del territorio congoleño, y su influencia, que al menos pudo ser moderadora, ha desaparecido completamente. El país está por entero en manos de sus dueños de 50 años.

LECCIONES PARA NO OLVIDAR La realidad actual del Congo —desalentadora pero didácticamente útil— puede dejar una experiencia que no debe olvidarse.

Los sectores nacionalistas y antimperialistas dirigidos primero por Lumumba y después por Gizenga, no contaron nunca con un apoyo decidido y leal de las fuerzas progresistas de otros países. Mientras los elementos mercenarios de Tshombe contaban con el apoyo descarado de las compañías extranjeras del Congo, y la condescendencia complaciente de los gobiernos occidentales, los combatientes por la liberación del Congo estaban solos, acompañados únicamente de su valentía y decisión.

Por otra parte, es necesario recordar el singular desprecio con que fue tratado Lumumba —que fue Primer Ministro por un corto período— por los gobernantes de algunas potencias europeas. Cuando pidió asesoría técnica de las Naciones Unidas —los belgas abandonaron rápidamente el territorio dejándolo a su propia suerte— pusieron toda clase de cortapisas para que la ayuda no fuese concedida. Cuando ésta vino, llegó en forma de ejércitos y no de técnicos.

La intervención de las Naciones Unidas en el Congo nos merece dudas. Fue demasiado abierta, arbitraria y confusa. Se llegó al extremo de desarmar a combatientes del sector progresista, so pretexto de solidificar la unidad nacional. La acción del organismo mundial fue a veces justificada —pero no siempre— dando lugar en ocasiones a hechos deleznable de intervención y abuso. Puede afirmarse que la intervención armada de las Naciones Unidas en el Congo fue —directamente o no, y conscientemente o no— decisiva para la derrota de los sectores nacionalistas y la entronización en el poder de los elementos cómplices de las compañías extranjeras.

Ahora, las fuerzas progresistas de todo el mundo deben analizar los hechos —desde el lejano día en que Occidente comenzó a “civilizar” Africa— pesarlos y extraer conclusiones. De este análisis frío y objetivo surgirán algunas importantes conclusiones que es necesario comprender, si se quiere evitar la repetición de otra obra civilizadora semejante.